

# Entre críticos anda el juego: *Clarín* y *Andrenio*

*Adolfo Sotelo Vázquez/Juan José Sotelo Vázquez*

«Yo no conozco más que un escritor que en lugar fijo, a plazo fijo, sin interrupciones, vaya examinando cuanto digno de atención producen nuestras letras; me refiero al señor Baquero, crítico de *La España Moderna*»

(Leopoldo Alas «*Clarín*», 9-IV-1899)

## I

En una de sus habituales colaboraciones en el periódico barcelonés *La Vanguardia*, Eduardo Gómez de Baquero (1866-1929), el crítico literario más importante de las letras españolas de los primeros quince años del siglo XX, se refería a sus primeros pasos en el oficio al compás de la madurez crítica y del prestigio intelectual de Leopoldo Alas (1852-1901), el mejor crítico literario español del último cuarto del siglo XIX:

«*Clarín* estaba en el apogeo, en la madurez de su fama, cuando yo empecé a hacer pinitos en el execrable oficio de crítico. Le debo algunas de las ingenuas satisfacciones de mi vanidad juvenil. Me trató siempre en sus escritos, con bondad; a veces, con elogio.» («*Cánovas y Clarín*», 29-XI-1917).

Ciertamente, los años finiseculares supieron de la madurez crítica de *Clarín* y de las primeras armas de Gómez de Baquero, primero en *La Época* (un periódico de carácter tan aristocrático que ni siquiera aparecía en los quioscos, sino que se vendía exclusivamente por suscripción) y luego en *La España Moderna*, donde mantuvo la sección «Crónica literaria» desde 1896 hasta 1910. Esta coincidencia cronológica que se extiende desde 1897 (año de sus primeros trabajos en el periódico oficial del partido liberal-conservador) hasta finales de la primavera de 1901 (*Clarín* muere el 13 de junio) es el pórtico del relevo, que como primer crítico español iba a tomar *Andrenio* de *Clarín*, con un hecho tan gráfico como el encargo que le for-

mula el director del suplemento *Los lunes de «El Imparcial»*, Ortega y Munilla, para hacerse cargo de la sección «Revista Literaria», desde la que había dictado durante una década sus lecciones críticas el fallecido Leopoldo Alas. Gómez de Baquero sólo habría de dejar *El Imparcial* años después, en 1916, para pasar en 1922 a *El Sol*, sin olvidar que durante esos años intermedios –y antes y después– fueron las columnas de *La Vanguardia* las que acogieron sus críticas y comentarios, que van mucho más allá de la disciplina de la crítica literaria.

Para 1901 el crítico *Andrenio*, que se había fraguado como tal en *La España Moderna*, la revista de la empresa editorial de Lázaro Galdiano, en la que Leopoldo Alas había colaborado con unos pocos ensayos en sus primeros números (durante 1889-1890) hasta las desavenencias que separaron al mecenas y al crítico<sup>1</sup>, se convierte en la principal referencia de la crítica literaria española, ofreciendo desde sus trabajos un itinerario rico, penetrante y comprensivo de las novedades literarias españolas, que sólo admite parangón con los quehaceres azorinianos con los clásicos. En la etapa que ocupó el lugar de privilegio de *Los lunes de «El Imparcial»*, el crítico madrileño escribió las mejores aproximaciones críticas de circunstancias a las inflexiones de la literatura española contemporánea, especialmente en el dominio de la narrativa, siendo también en este aspecto una fértil prolongación de los trabajos críticos de *Clarín*.

De esos años en que sus trabajos de críticos literarios en la prensa periódica son paralelos, el presente artículo exhuma dos documentos que guardan íntima relación. Se trata de la reseña crítica que Gómez de Baquero publicó en la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas* el primero de marzo de 1896 del tomo *Cuentos morales*, y de la carta que el 12 de abril *Clarín* cursa a Gómez de Baquero<sup>2</sup> agradeciéndole su reseña y, sobre todo, su decidida toma de partido a favor de la intensificación espiritualista por la que transitaban en el fin de siglo su pensamiento y su literatura, tal y como el tomo de cuentos demostraba.

El lector podrá advertir la ponderación y sagacidad críticas de Gómez de Baquero frente al conjunto de creaciones narrativas que mejor retratan la

<sup>1</sup> Pueden conocerse las desavenencias desde el artículo de Antonio Rodríguez-Moñino, «Clarín y Lázaro. Un pleito entre escritor y editor (1889-1896)», *Bibliofilia*, 5 (1951), pp. 47-70. Y desde el propio Leopoldo Alas «Clarín», *Museum (Mi Revista)*, Folletos literarios, VII, Madrid, Fernando Fe, 1890, pp. 5-14.

<sup>2</sup> La carta de Gómez de Baquero procede del capítulo «Cartas a Andrenio» de la Tesis doctoral de Juan José Sotelo Vázquez, *Andrenio y la crítica literaria: los artículos de «La Vanguardia» (1909-1929)* (Barcelona, Universitat de Barcelona, 1999-2000).

ética-estética del *Clarín* finisecular, al mismo tiempo que advertirá –por la vía confidencial de la epístola– las zozobras de Alas empeñado en un nuevo proyecto teatral (que no llegó a realizarse) tras el fracaso de su «ensayo dramático» *Teresa* en su estreno madrileño del 20 de marzo de 1895. No obstante, pese al reparo que Gómez de Baquero señala con respecto a la adhesión espiritualista del último *Clarín* en su artículo, la cordialidad (un poco interesada) impera en este diálogo entre los dos críticos, botón de muestra, con sus matizadas consideraciones y sus oportunos silencios, del estado de la crítica literaria española al finalizar el siglo XIX, no muy distante –por cierto– del descrito por Michel Raymond para la crítica francesa en los capítulos iniciales de su magistral *La crise du roman. Des lendemains du Naturalisme aux années vingt* (Paris, Corti, 1966), donde las insuficiencias estéticas, morales e intelectuales del naturalismo dejan paso a una serie de inquietudes sumamente contradictorias sobre las fórmulas narrativas del porvenir.

## II

### ***Cuentos morales, por Leopoldo Alas (Clarín). Madrid, 1896***

«Pocos habrá, entre nuestros escritores contemporáneos, si hay alguno, tan expuestos como *Clarín* a ser mal juzgados por los críticos. El peligro no está en las obras del autor de *La Regenta*, sino en ser suyas. No es que sean enigmáticas, casi ininteligibles, como las de algunos decadentes franceses, llamados así con toda propiedad. Ni se apartan tampoco del gusto dominante, contrariando las opiniones estéticas comúnmente admitidas hoy. No se trata de eso. Lo peligroso aquí, para la imparcialidad, es la disposición de ánimo en que pueden hallarse verosímelmente los que juzguen las obras de *Clarín*.

Como crítico y como satírico, *Clarín* ha maltratado a mucha gente. A unos con justicia, a otros, a mi entender, sin ella, pero casi siempre y a casi todos con dureza y con gracia, que son dos circunstancias agravantes. De ahí enemistades y temores, que predisponen, las unas, a abultar y hasta a inventar defectos, los otros, a callarlos. Y aun los mismos que no tengan qué vengar, ni por qué temer, se expone a que sus elogios se interpreten como adulación medrosa, o sus censuras con afán de notoriedad, que de todo hay.

Acaso, por esto, apelan algunos críticos a la solución o al sistema del silencio. Es un gran amor el que la imparcialidad nos inspira. Resuelven el

problema de lo que se ha de decir, no diciendo nada. Y así opinan sin riesgo, aunque sólo opinen, claro está, para los que piensan que el silencio es una opinión.

Creo que *Clarín* ha sido apasionado e injusto con personas a quienes admiro y respeto. Pero no soy partidario de *boycottage* en Literatura. Es malo e inútil: dos veces malo. El silencio no convencerá a nadie de que las obras de *Clarín* sean insignificantes y no merezcan la atención de la crítica. Por el contrario, es evidente que la crítica no podrá reflejar de un modo fiel y completo nuestra vida literaria, si prescinde de personalidad tan saliente y caracterizada como la de *Clarín*.

Y como el movimiento se demuestra andando, voy a actuar, para este sólo efecto, de Diógenes, hablando de los *Cuentos morales* del autor de *Su único hijo*.

No son cuentos escritos para reformar las costumbres. Son y se llaman *morales* por el asunto general de ellos los fenómenos de la conducta libre. El autor lo declara en el hermoso prólogo con que comienza el libro, prólogo que recuerda por el estilo y por el pensamiento, por el *sabor* de la filosofía que contiene y por el modo de expresarla, algunas de las admirables páginas que escribió Renan en sus *Diálogos filosóficos*.

El título de los *Cuentos* no puede ser más apropiado. Podría aplicárseles una frase que ha escrito Zola en su novela *Rome*, diciendo que son *espectáculos de almas*. Pero de almas vivientes, con cuerpos, no de almas *desencarnadas* con las que tratan los espiritistas. Esa forma fotografía al través de los cuerpos opacos, esa invención de Roentgen, que tanto ocupa y preocupa ahora a los sabios y de que tanto hablan los periódicos, la había descubierto el arte hace mucho tiempo. Al través de los cuerpos, tras las acciones físicas ilumina y retrata la literatura, algo más escondido y más hondo que los huesos y los tejidos interiores: el alma. Y el secreto de la expresión literaria está en que, viéndose lo interior, se vea también lo físico; en que las almas aparezcan con sus envolturas corpóreas, no como espectros, ni como abstracciones.

Esto lo ha conseguido *Clarín* cumplidamente. Lo principal en sus *Cuentos* son las cosas del alma, estados psicológicos y caracteres. Pero ¡qué realidad y qué vida tienen aquellos personajes! ¡Qué sagaz observación de lo exterior denotan circunstancias externas de la acción de cada cuento, la pintura de los *medios*, la oportunidad y expresión de los menudos pormenores, que contribuyen más, a veces, que las grandes líneas del relato, a formar la visión imaginativa, que no es una noción abstracta, sino una creación con las formas y los colores de lo sensible, una copia del cuadro que